

## LA MUJER QUE LLORA

*¿Para qué sirve una mujer  
viviendo en puro grito?*

Ángela Figueroa  
(Poeta española, 1902-1984)

Soy una mujer que llora con la expresión desencajada, los rasgos contraídos y los dientes apretados. Todo en mí son pedazos, trozos arrancados, recortes de lo que podía ser una cara. En mi semblante no hay nada de belleza, solo el espanto reflejado en un rostro sin edad. Mis ojos están muy abiertos, mi nariz torcida y mis mejillas rotas. Hay dos grandes lágrimas que humedecen mis pestañas y mojan las uñas que me clavo en la piel. Mis manos temblorosas agarran un pañuelo arrugado que muerdo con fuerza como una forma de liberar la tensión.

La gente me observa con curiosidad y un poco de fascinación. Algunos se quedan conmigo unos minutos en silencio, mientras que otros solo me dedican una mirada rápida. En algunos casos, aparece el horror al contemplar mi expresión desfigurada, y he de admitir que lo entiendo, porque mi rostro está atravesado por la falta de proporción y de equilibrio. De todas formas, ya me he acostumbrado a sus miradas, llenas de pena y compasión. Les gustaría saber cuál es mi pasado, qué es lo que me ha ocurrido para que sufra de esta manera. Tratan de adivinar quién fue el marido que se marchó a la guerra y no volvió, los hijos que se han quedado huérfanos o lloran en la cuna. Si me miran bien, pueden sentir el olor de los garbanzos que no tenemos para comer, el temblor por el frío que hace en una habitación con las ventanas mal cerradas o la dureza del trozo de suelo en el que he dormido.

Algunos se preguntan cómo es posible que una cara refleje tanto sufrimiento. Tratan de imaginar cuál es la razón por la que lloro, qué es lo que estoy viendo para que mis ojos estén a punto de salirse de sus órbitas. Si pudiese hablar, les diría que lloro por la guerra, por las familias que se han roto, los hijos que se han ido y los ancianos que han perdido la memoria. Lloro por los que no pudieron hacerlo porque una bomba les pilló de improviso, porque no tuvieron tiempo de despedirse de la gente que querían, porque murieron solos en una sala de hospital. Lloro por los que sienten que nadie les quiere, por los que han sido abandonados o se han quedado sin hogar.

A veces siento que soy un grito más que una mujer. Un grito que expresa la desesperación y el desconsuelo de los que han sufrido una pérdida irreparable. En mi rostro cabe el sufrimiento de la mujer a la que menospreciaron, la que insultaron por la calle, la que consideraron solo como un objeto bonito. También cabe la soledad de la chica de la que abusaron, la que nadie creyó, la que dijeron que estaba loca. Y la tristeza de la anciana que está sola, que ha entregado su vida a los demás para que ahora nadie se ocupe de ella, que se sienta al lado del teléfono esperando que alguno de sus hijos la llame. También cabe la incertidumbre de la joven que no sabe si va a llegar a fin de mes, el miedo de la que vuelve sola a casa un sábado por la noche y la rabia de la trabajadora a la que le ponen dificultades solo por el hecho de ser mujer. Mis lágrimas se mezclan con las de la embarazada que está asustada, la que no puede dormir y la que no tiene fuerzas para levantarse por la mañana. Supongo que por eso a veces me miran con empatía, porque ellas también conocen ese dolor y han vivido la misma angustia.

Muchos expertos me han estudiado y examinado con minuciosidad. He escuchado comentarios sobre mi aspecto, mi pelo y los detalles más pequeños. Me gustaría decirles que soy una mujer que una vez se sintió feliz, que abrazó y besó a la

gente que quería. La mujer que una vez fue una niña que corría por las calles del pueblo en una noche de verano, que jugaba a los muñecos y dibujaba estrellas de colores. La adolescente que se miraba en el espejo, que se enamoró y soñó con un futuro muy distinto al que ha tenido. La madre que amamantó a sus hijos, los arrulló contra su pecho y les cantó una nana para que se durmiesen. La que trató de protegerlos y se inventó cuentos donde no había guerra ni hambre. La que trabajó un día tras otro para sacar adelante a su familia, la que ha cuidado enfermos y ha pasado noches en vela.

También soy la mujer que reía por la misma boca que ahora está apretada por el dolor, que sus labios estuvieron pintados de rojo y sonreían con orgullo y coquetería. Porque hubo un tiempo en que mis mejillas estuvieron coloreadas, que recibieron la brisa del aire y notaron el calor de los rayos del sol sobre su piel. Que mis dedos, que ahora están crispados, sabían expresar cariño y acariciar con ternura. Mis manos, convertidas en un símbolo de impotencia, manos que no pueden hacer nada y que solo estrujan un pañuelo. Porque yo soy la mujer a la que se le acaba de romper el mundo en pedazos pero que sabe que tiene que seguir adelante.

Ya han pasado muchos años desde que Picasso me pintó, desde que fue capaz de reflejar el dolor humano a través de una paleta de colores amarillo, verde, azul y rojo. Estuvo trabajando durante meses con distintas técnicas y pintó varias versiones hasta que llegó a mí. Desde entonces, yo sigo con la misma expresión descompuesta, los ojos abiertos y las dos lágrimas que están a punto de correr por mis mejillas. Los colores llamativos e intensos contrastan con mi sufrimiento interior y las líneas rectas acentúan el dramatismo. El pintor quiso reflejarme desde distintas perspectivas para multiplicar ese sufrimiento, como si fuese tan desgarrador que necesitase deformar la realidad para expresarlo. Es como si estuviese rota y me hubiesen vuelto a recomponer, como una

mujer fragmentada en mil pedazos. Seguiré así mucho tiempo, como testigo de la gente que sufre, de las mujeres que aman y siguen adelante.

Por eso, cuando alguien pasa delante del cuadro y se interesa por mí, me gustaría decirle que soy mucho más que una mujer que llora.

*Pseudónimo: Aire*